

Cápsulas, papeletas y mixturas: RECUERDOS DE UN BOTICARIO

Botiquín en Miramar

Esa mañana de diciembre de 1938 venía muy feliz en el tren. Ese año me habían sucedido cosas muy agradables: había tenido buenas notas en los exámenes de Bachillerato, incluso obtuve el primer lugar en el único examen escrito, redacción y ortografía, que había que aprobar como requisito de las demás pruebas; también me dieron una distinción en castellano y el resto de los exámenes orales los aprobé por unanimidad.

En los deportes, el equipo de básquet del Liceo de Costa Rica, al cual pertenecía, fue campeón nacional de segunda división. En fútbol, el equipo Ángeles AA, con el que jugaba, estaba a punto de obtener el campeonato nacional de tercera división, lo que logró, en mi ausencia, pocas semanas después al vencer al Club Sport La Libertad.

Me dirigía a Miramar a descansar y a pasar las vacaciones con mi familia. Mi padre, *Chalo* Ovares, era dueño de un botiquín y el encargado por el Instituto Nacional de Seguros para prestar los primeros auxilios a los accidentados de las minas Bonanza y Trinidad, que estaban en explotación en ese entonces. A los pocos días de estar en el pueblo, me pidió que lo ayudara en su trabajo.

Fue mi introducción al mundo de la farmacia. Papá me contaba algunas de las experiencias que había tenido en ese año que llevaba en el botiquín.

Estaba muy impresionado con el caso de un señor Garita, "picado" de culebra. Papá le aplicó el suero antiofídico Butantán y pasó al lado suyo toda la noche y lo siguió atendiendo varios días.

Casi nunca había un médico para atender a los enfermos y él tenía que suplir esa carencia de alguna manera. Por eso, con frecuencia consultaba por telegrama con su hermano, el doctor Julio César Ovares.

Cuando había algún enfermo grave que fuera pudiente se debía traer al médico desde Puntarenas. Recuerdo que una vez, el doctor Ortiz Pacheco llegó a ver a Ricardo Arguedas Matamoros, por cierto un ateniense, casado con Elvira Rojas Arias, una prima de mi abuela Eduvigis Rojas. Fue una de las pocas veces que despaché una receta en Miramar.

A veces, en la Jefatura Política, a pacientes muy pobres les autorizaban el despacho de alguna receta cuyo costo máximo no podía pasar de dos colones. Una vez, llegó una muchacha con una receta del doctor del pueblo por un medicamento que se llamaba, si mal no recuerdo, jarabe Gerard. Como costaba más

**José Fabio
Ovares Jenkins**
Farmacéutico,
graduado de la Universidad de
Costa Rica.
Autor del libro *Desde
una fotografía*.
Ha publicado artículos
en las revistas *Herencia*, *Su
Casa* y *ASOGEH Informa*.

de dos colones, no despaché la receta. El doctor corrigió la prescripción indicando que se trataba de la fórmula del jarabe Gerard, es decir, jarabe de yoduro de hierro; como este último era producido por los laboratorios Luz (costarricenses), valía menos de dos colones.

Un día, pararon frente a la botica unos hombres a comprar un analgésico para un niño que venían cargando en una angarilla y que tenía una fractura expuesta en el brazo. Venían desde Palmital, mucho más arriba en la montaña; iban a pasar la noche en Miramar para llevarlo al día siguiente al hospital en San José.

Papá le preparó un calmante, consultó el reloj y les sugirió salir inmediatamente para intentar alcanzar el tren de excursión que pasaría por Barranca procedente de Puntarenas. Así lo hicieron y partieron a gran velocidad hacia Barranca, que queda a unos doce kilómetros de Miramar. Papá le puso un telegrama a Julio Ovares, para informarle y recomendarle al muchacho.

Unas dos semanas después pasaron de nuevo a caballo por la botica; el padre del niño le agradeció a papá haberle salvado el brazo a su hijo y partieron hacia su casa.

El mata muelas

El mata muelas era una "especialidad" del botiquín de *Chalo* Ovares; se trataba de un anestésico antiséptico que se usaba cuando había una cavidad en la muela; se empapaba un algodón en ese medicamento y se aplicaba con un fósforo o un mondadientes. Una vez, un primo hermano de mamá, quien estaba con un dolor de muela muy fuerte, llegó al botiquín a pedir el mata muelas. Se le dio un algodón impregnado en un mondadientes y, una vez que se aplicó el taco en el hueco de la muela, dio las gracias y preguntó si devolvía el mondadientes.

Ahora parece divertido o extraño pero, entonces, era normal querer aprovechar todos los recursos, no desperdiciar nada, ni un palillo de dientes.

Prácticamente, no había medicamentos envasados sino que las ventas eran al menudeo. El cliente solicitaba, por ejemplo, un cuarto de botella (6 onzas) de alcohol, una onza de tintura de yodo, mixtura de ruibarbo y soda, media onza de tintura de benjuí para el cutis y miles de productos más. El parroquiano venía con su envase, el boticario medía la cantidad de la compra y etiquetaba el frasco. Por eso, en toda botica había una pila para lavar frascos usados y un empleado a cargo de esta labor. Además, había un surtido de envases nuevos para la venta. Ese constante contacto con los medicamentos líquidos hacía de los boticarios expertos en su trasiego y de ahí nació la expresión "pulso de boticario", para el que tiene habilidad para no derramar líquidos al trasegarlos.

Pero, a veces, el comprador no traía el envase ni podía comprarlo. Recuerdo que, recién llegado al botiquín de Miramar, una muchachita me pidió media onza de tintura de yodo y como no llevaba envase, me dijo: *¿Me presta un carrizo y un tapón?*

Empleo de droguería

En 1939, entré a la Escuela de Farmacia y de inmediato traté de conseguir trabajo en una farmacia ya que un requisito para optar por el título era haber practicado el despacho de recetas al menos por dos años.

Al inicio, tuve dificultades para ingresar a una farmacia por lo que acepté trabajar con Uribe y Pagés, en su departamento de droguería, un departamento de ventas al por mayor para surtir drogas a las farmacias detallistas del país. Ahí me familiaricé con las drogas, lo que mucho me ayudó cuando, meses después, inicié mi práctica en la Botica Central de don Juan Bautista Ortiz.

La gente que no está relacionada con el tema interpreta “droga” como “droga estupefaciente”. Vale la pena aclarar que la palabra droga significa “medicamento”.

Despacho de recetas

Al principio, trabajaba de día en Uribe y Pagés y, a partir de las cinco de la tarde y hasta las ocho de la noche, iba a la farmacia. Después me quedé solo ahí, con un salario bueno para un practicante: veinte colones por semana.

Ya en ese entonces no se utilizaban implementos como tamices y otros; sí veíamos aquellos frascos de porcelana enormes que se habían empleado en el pasado y que, en ese momento, servían de adorno. Eran imprescindibles las balanzas, las espátulas y los morteros. Estos se empleaban para preparar las medicinas a partir de los productos suministrados por los mayoristas: las droguerías de Uribe y Pagés, la Botica Oriental y la Botica Francesa, que importaban las materias primas, generalmente de origen vegetal y no sintético como en la actualidad.

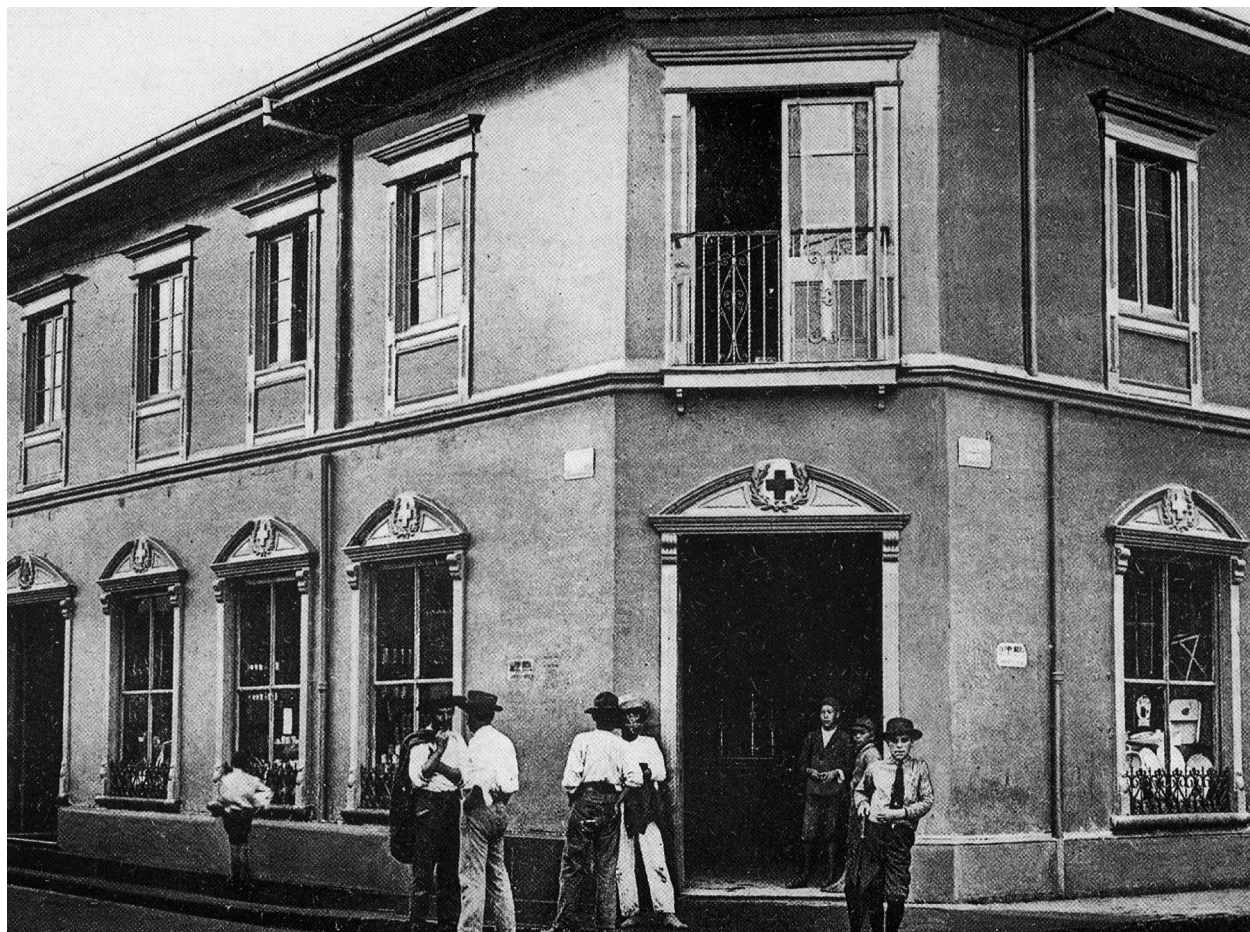
En ese entonces existían pocas especialidades (productos terminados, con nombre), algunos populares y otros que, teóricamente, debían venderse únicamente con receta médica. Algunos eran la famosa *Emulsión de Scott* y la *Ozomulsión*, que eran aceite de bacalao en emulsión. Empezaba a conocerse el *Merthiolade* (tintura de timerosal), producido por la casa Lilly; anteriormente, se vendían como antisépticos la tintura de yodo y el mercurocromo.

Muchos de los productos poseían nombres que, de alguna manera, indicaban sus ingredientes o aludían a su propósito: *Kinocola*, tónico a base de quina y cola; *Febrisan* para la fiebre; *Omnadina*, una solución inyectable para estimular las defensas, nombre formado por la palabra *omna* (de *omnis*, todo) y *dynamis* (fuerza, potencia). Cuando este producto alemán comenzó a producirse en los Estados Unidos, lo llamaron Ricolón, con lo que se perdió el significado del nombre.

Al existir pocas especialidades, había entonces que preparar manualmente las medicinas conforme a la prescripción del médico; estas se administraban en diversas presentaciones: ungüentos y pomadas, cápsulas, obleas, emulsiones, jarabes, elixires, polvos y papeletas, supositorios u otras.

Botica Nueva.
Detalle. Fotografía
de Manuel Gómez
Miralles.





Botica Oriental.
Detalle. Fotografía
de Manuel Gómez
Miralles.

Había tres tamaños de obleas, hechas de harina como las hostias y que se rellenaban como galletas con el producto indicado. El vehículo usado para hacer los supositorios era la manteca de cacao, que se derrite con el calor del cuerpo.

Había que tener mucho cuidado en el despacho de recetas, porque se podía arruinar el tratamiento que estaba haciendo el médico o incluso arriesgar la vida del paciente.

Algunos médicos, como el doctor Coto Garbanzo, tenían una letra horrible. Recuerdo una vez que tuvimos una gran confusión porque no sabíamos si la receta era para un hombre o para una mujer, lo que hacía que variaran algunos componentes.

Muchos productos se expendían sin receta médica: el famoso bicarbonato de sodio, que se vendía en enormes cantidades como antiácido, después sustituido por la *Alka Seltzer* y otros productos con nombre; las papeletas de ácido bórico o de óxido de zinc; el aceite de castor, que es aceite de ricino, un purgante drástico, era también muy solicitado; el crémor tártaro usado como "refrescante"; la sal de Inglaterra, la sal de Glauber, ambas purgantes amargos y de acción intensa. Se vendían laxantes como manita y la "purga de humores", con hojas de sen y otros ingredientes.

Tal vez la famosa Pomada Canaria era óxido de mercurio (amarillo o rojo), producto muy bueno para infecciones, en tiempos en que no había antibióticos. Decían que la preparaba un señor nicaragüense. Él aseguraba que servía para curarlo todo; de ahí la expresión actual para designar un producto considerado "milagroso".

Y no solo había productos para uso medicinal: se vendía, por ejemplo, incienso (goma olíbano) que se utilizaba en brujería junto con los siete espíritus y las siete hierbas. También se vendían polvos para la cara y otros cosméticos, pasta de dientes y muchas

cosas más, por lo que decimos: “hay de todo como en botica”, cuando se ofrecen muchas alternativas para el comprador. Se vendía hasta gasolina, como sucedía en 1932, en San Isidro de Coronado: cuando se agotaba la gasolina del *Dodge* de mi padre, comprábamos un galón en la botica del pueblo.

Extracto de *cannabis*

En aquellos años, la mayoría de los medicamentos se surtía de productos de origen natural. Eran pocos los medicamentos de origen en la química sintética; apenas empezaban a usarse los sulfamidados y estaba en ciernes la penicilina.

Se utilizaba, por ejemplo, el digital (*digitalis purpurea*), droga vegetal que funciona como tónico cardíaco; se usaba en pastillas y como tintura. Era de venta libre bajo la responsabilidad del médico y el farmacéutico; como se acumula en el organismo, se ingería por seis días y se “descansaba” un día por semana.

Estaban entre otras el beleño, planta cuya raíz es narcótica; la tintura de belladona, que contiene, entre otros, un alcaloide, la atropina, droga activísima usada en medicina. También se utilizaban derivados del opio; se podía vender, por ejemplo, el paregórico (tintura de opio alcanforada) especialmente para aliviar dolores estomacales y el láudano (tintura de opio al 10%); este último se expendía libremente cuando tenía una concentración del 1% (láudano venal). En Miramar, algunos chinos, habituados al opio en su país de origen, compraban este producto, por eso, teníamos que restringir su venta en cantidades muy elevadas.

El *cannabis indica* (marihuana) se utilizaba para elaborar algunas medicinas. Me acuerdo que un día pedí medio litro de extracto fluido de *cannabis* a la Botica Oriental y me lo mandaron sin más trámite.

No es que no existiera una oficina de control de drogas sino que no había controles tan estrictos porque los consumidores ilegales eran muy escasos. Se conocían algunas personas quienes, por razones médicas, habían utilizado alguna droga estupefaciente, especialmente la morfina, y que se habían habituado a ese consumo.

La aguja mocha

Muchas veces tenían lugar situaciones jocosas. Por ejemplo, una muchachita me pidió que le vendiera unas píldoras de carriel; lo que buscaba eran píldoras Carter, nombre que le sonaba como “cartera” y que había asociado con “carriel”.

En esos años no existían las agujas descartables y, por ello, las agujas se utilizaban, muchas veces, previa esterilización, por lo que perdían el filo. Una vez que le estaba poniendo una inyección a don Víctor Guardia, empezó a quejarse: *¿Estás usando una aguja o un anzuelo?*

A finales de la década de 1970 trabajé en San Isidro del General como farmacéutico regente. El dueño de la farmacia era un veterinario quien atendía en el mismo local. Una vez, un señor llegó a buscar un medicamento para un perro suyo que estaba enfermo. Después de hacerle varias preguntas para tener un diagnóstico, el veterinario resolvió darle ciertas medicinas. El señor dijo: *Espero que estas medicinas me sirvan y no me pase como con el otro perro, que se murió*. El veterinario, alarmado, consideró la posibilidad de que se tratara de una peste y le preguntó si ese perro había tenido los mismos síntomas. Y el cliente le respondió: *No, no, ese se murió por puro gusto*.

Ojalá que estos recuerdos de una época tan distinta sean del agrado del lector actual. Son una demostración de cómo era la farmacia durante la primera mitad del siglo pasado.